



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

Gritos

Lo que era una celebración, hoy se ha convertido en una tragedia. Este 15 de septiembre ha quedado marcado para la historia por lo ocurrido en el Zócalo de Morelia, Michoacán. Granadas lanzadas a la población reunida para festejar el tradicional “grito” de independencia. Justo en Michoacán, la tierra del presidente Felipe Calderón, estado gobernado por el PRD desde 2001; lugar donde se libra una cruenta guerra entre el Estado y bandas del llamado “crimen organizado”. Lo que sucedió en Michoacán trasciende la guerra convencional: es contra la población civil; eso se llama terrorismo y tiene distintos significados.

La declaración de guerra que el gobierno encabezado por Calderón lanzó al tomar posesión arroja ya miles de muertos, más que el número de soldados norteamericanos muertos en Irak. Uno quisiera creer que, como nos dicen los responsables gubernamentales, la guerra la va ganando el Estado mexicano; los hechos de Michoacán parecen informar cosas diferentes. La población está aterrada; estoy seguro que después de eso los michoacanos ya no vivirán igual. Los saldos son devastadores. Quienes lo ordenaron lo saben; nuestros gobernantes también.

¿Cual fue el cálculo de los estrategas de inteligencia, militares y responsables de la seguridad nacional cuando acordaron llevar a cabo el combate frontal contra el crimen organizado? Bien a bien no lo sabemos; nunca nos informaron: sólo nos dijeron que sería una confrontación con muchas bajas, pero que se ganaría. Ha pasado un año y medio y el número de víctimas crece, así como la saña con la que se cometen los homicidios. Lo que nos dice la historia militar, es que en la guerra, hay un punto de inflexión y a partir de ahí, uno de los bandos avanza hacia la victoria. ¿Se avisa ese punto en el horizonte nacional? Si los gobernantes lo saben, que nos lo digan de alguna forma para que la sociedad se tranquilice. Cada que se reportan bajas la versión oficial es que se deben a una reacción a “los golpes” que las fuerzas del Estado

propinan a las bandas; pero esa explicación ya no satisface a nadie. ¿El hecho de que se lancen granadas contra población indefensa es una evidencia de que se está ganando la guerra? ¿Así se explicarán los actos terroristas?

Entiendo las dificultades del gobierno de Calderón para salir del problema a que nos condujo la declaratoria de guerra. ¿Qué se puede hacer en estos momentos en términos de estrategia militar? ¿Cómo resolver el enorme desafío que lanzan los grupos delictivos? Alguien decía que es una guerra que no se puede ganar, pero tampoco se puede perder. ¿Entonces? Eso explica el rostro desencajado del presidente. Se ha de preguntar todos los días, ¿Cómo resolver el problema? ¿Mayor movilización militar? ¿Incremento de los efectivos? ¿Tareas de inteligencia? Sobre todo porque las preguntas se plantean desde una estrategia de una guerra convencional; pero aquí estamos ante un enemigo que no presenta un frente fijo o claro y que hoy decide utilizar la vía terrorista para golpear y desestabilizar. La retirada sería catastrófica para las instituciones nacionales. Aceptar que se perdió la guerra significaría una tragedia para todos. Pero saber que no se puede ganar esta guerra, también.

Las batallas se deben librar en otros campos: sobre todo en el de la transformación de las instituciones nacionales. Para combatir la inseguridad se debe empezar por transformar el sistema de impartición de justicia; el sistema educativo debería de cumplir una misión fundamental, pero no basta con implantar sistemas de evaluación como la panacea; tampoco declarar que “somos los mejores” y tratar de que repitiendo la frasesita opere el milagro. O cancelando la opción de la educación pública a miles de aspirantes a una carrera. El combate a la corrupción juega un papel importante: muchos de los vigilantes del desempeño gubernamental, por su origen, se convierten en cómplices. El desempleo es el caldo de cultivo para la delincuencia, y los salarios de hambre también. De esas y muchas otras batallas si se puede

salir airoso. De la otra no; ningún Estado ha ganado la guerra frontal contra el “crimen organizado”. La legalización del alcohol en los años treinta acabó con las mafias que crecieron como efecto de la Ley Volstead (1919-1933) o ley seca que prohibió las be-

bidas alcohólicas en Estados Unidos. Quizá sería la hora de buscar este tipo de salidas no convencionales a la inganable guerra que hoy libramos.

El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.